YO ESTUDIÉ EN LA PÚBLICA

Ciudadan@s por la Educación Pública

LAS EDUCACIONES DE LA EDUCACIÓN PÚBLICA

Pedro Sáez Ortega

Es frecuente escuchar en declaraciones públicas, artículos periodísticos o tertulias radiofónicas continuas referencias al valor de la educación como medio para prevenir o resolver todo tipo de problemas: desde la violencia de género al cambio climático; desde el consumo de drogas al (in)civismo circulatorio —y así hasta una cantidad difícilmente calculable—, todos son graves asuntos para los que no se ve otra solución que la escuela. Desde hace mucho tiempo esta tendencia a "arrojar" al contenedor educativo todo lo que la sociedad y sus instituciones políticas, sociales y culturales no son capaces de afrontar me resulta muy criticable. Parece que la educación (y los educadores) tiene (tenemos) la fórmula mágica para eliminar todos los conflictos, mientras los que están obligados a hacerse cargo y encargarse de estas cuestiones, hacen una hipócrita dejación de responsabilidad, limitándose a esperar que en un hipotético futuro las nuevas generaciones supuestamente educadas en una conciencia igualitaria, ecologista, pacifista e intercultural, las resuelvan de un plumazo. Al mismo tiempo quienes reclaman esas tareas a la escuela a menudo hacen todo lo posible para impedir que dicha escuela tenga los medios mínimos para poder siquiera plantearlas.

Sin embargo, detrás de estos altisonantes discursos, late a menudo la idea de que aún existe un espacio en el mundo, la educación pública, en que es posible no sólo "abrir" estas cuestiones, sino tratar de interpretarlas y activarlas en las personas que participan en los procesos de enseñanza y aprendizaje que se dan allí: un lugar en el que es posible el aprendizaje consciente de aquellos valores, sin los que la sociedad no podría vivir. Desde este punto de vista, la idea de "bien común", asociada a la escuela pública, adquiere un sentido que va más allá de su utilidad inmediata; más allá de la mera impartición de una serie de materias académicas por parte de profesionales expertos que han superado una durísima oposición. Sin menospreciar los aspectos "meritocráticos" del proceso, que de una manera tan emocionante y certera disecciona Tony Judt en su libro póstumo *El refugio de la memoria,* creo que la educación pública proyecta en su acción diaria muchas "educaciones", que se entrecruzan e interaccionan, desbordando la mera adquisición de conocimientos disciplinarios.

Estas educaciones constituyen el "valor añadido" de la escuela pública, y conviene que las tengamos muy en cuenta, porque forman parte de su entramado, de su esencia. Sin jerarquizar, voy a mencionar cinco espacios, en los que opino que la "palabra" de la educación pública es insustituible, porque nadie, sino la citada educación pública, asumirá esa tarea, y porque nadie la hará mejor:

1. El espacio de la diversidad: se dice —y es algo obvio— que la escuela pública es un reflejo de la sociedad; pero, si bien esta engloba diferencias o variedades por adición o por presencia pasiva, la educación convierte este hecho en diversidad, un principio mucho más activo, porque implica reconocimiento, visibilidad, la puesta en diálogo de todas las manifestaciones de dicha diversidad que aparecen, y que no se reducen únicamente a las realidades multiculturales, fruto de los procesos migratorios, sino que también tienen que ver con las formas de ser y (con)vivir, los ritmos de aprendizaje o las distintas inteligencias. El objetivo de dotar de las condiciones necesarias para aprovechar las potencialidades individuales en un escenario de convivencia común es ineludible al sentido de la educación pública hoy.

2. El espacio de la investigación y la acción: el espacio de la escuela pública es, igualmente, el espacio de la innovación didáctica. En pocas instituciones coinciden tantos profesionales tan preparados y con tanta capacidad para poner en marcha proyectos que cambian continuamente la manera de enseñar y aprender. Uno de los problemas de esta investigación didáctica es su "volatilidad": al realizarse cotidianamente en el aula, tiene un carácter "efímero" desde el punto de vista material —no en la huella que deja en alumnos y docentes, claro está—. Como, por otro lado, es tan exigente, y está sometida al ritmo diario y perentorio de las clases, deja poco espacio al reposo, al tiempo necesario para consignar y sistematizar la experiencia; y esta sistematización, por otro lado, nunca será igual a la clase vivida, de la misma manera que la partitura o el texto teatral nunca será igual a un concierto o a una representación. Los trabajos que a diario realizan muchos profesores y alumnos en sus aulas son de una complejidad y una calidad docente y científica indiscutible, pero muy poco valorada incluso por quienes deberían conocerlos y apoyarlos.

3. El espacio de la ciudadanía: Otra de las exigencias educativas de la escuela pública, sobre la que a menudo se emprenden controversias vergonzantes que pertenecen a

LAS EDUCACIONES DE LA EDUCACIÓN PÚBLICA

Pedro Sáez Ortega

otro tiempo y a otro lugar, es la de la formación de ciudadanos: el descubrimiento de la colectividad consciente de la que formamos (o deberíamos formar) parte, y que se nutre de las diversas culturas que llegan a la escuela, formando encrucijadas tan enriquecedoras —de las que habla Ángel I. Pérez Gómez, en *La cultura escolar en la sociedad neoliberal*—: desde la que proviene de las instituciones hasta la que surge del aprendizaje entre iguales; desde la dominante a la crítica; desde la académica a la de la experiencia cotidiana. La educación pública es una escuela de ciudadanía en la medida en que recoge y utiliza estas distintas culturas, para convertirlas en aprendizajes singulares y abiertos a las bases que fundamentan la convivencia de todos y entre todos.

4. El espacio del cuidado y la hospitalidad. En el contexto en que vivimos, en el "mundo sin hogar" del que hablar Peter Berger, la educación pública es, a veces, la única instancia de socialización, incluso primaria, al servicio de los niños y los adolescentes, en una etapa esencial de su vida. Por un lado, atiende a su formación humana; por otro lado, compensa —cada vez de manera más frecuente— algunos déficits sociales y familiares; en tercer lugar, prepara para la vida, en la medida en que construye unas experiencias culturales y sociales que no se dan en otro momento de la vida de los alumnos, o, en todo caso, no se dan de la manera en que aparecen en la escuela: hay libros, películas, museos, ciudades, parajes naturales, expresiones musicales o dramáticas, deportes, con los que niños y adolescentes no tendrían un encuentro directo —más allá de lo que muestran los medios de comunicación—, si no fuera por su estancia en los institutos.

5. El espacio de la globalidad planetaria: En esta hipertrofia —a menudo bazofia— informativa que nos rodea, la educación pública constituye un especio privilegiado para poder transformar esa opulencia informativa en conocimiento, utilizando recursos que, contrariamente a lo que pudiera parecer —abducidos por el espejismo de las nuevas tecnologías de la comunicación—, son excelentes vehículos expresivos que deben transformarse críticamente en herramientas de aprendizaje. ¿En qué otro lugar los niños y los adolescentes van a tener la oportunidad de comprender (y transformar) el mundo que les rodea y utilizar los medios a su alcance para acceder a él?.

Es evidente que la suma de todos estos propósitos, que constituye, a mi juicio, el núcleo justificador de la educación pública como bien común, resulta conflictiva —a veces, por la propia renuencia de muchos docentes a asumir este compromiso—, como así ha sido a lo largo de la historia, y que el precio que se paga por poner en marcha estas intenciones es elevado. Pero si no construimos estos aprendizajes, ¿quién, cómo y para qué lo hará? Ahora se discute si la escuela pública puede o debe asumir estas y otras tareas semejantes, e incluso si la enseñanza privada no conseguiría mejores "resultados" (se entiende, calificaciones), de manera más eficiente; pero entonces estamos hablando de otro modelo, más cercano a la educación "bancaria", adaptada al capitalismo imperante, regido por la búsqueda del beneficio o del lucro a corto plazo, de la que habla Paulo Freire; de un propósito aberrante, que desnaturaliza el sentido actual de la educación pública, reduciéndolo a un mero instrumento —asistencial para los débiles; elitista para los excelentes—, muy diferente al objetivo de proporcionar "narrativas de sentido" al conjunto de la sociedad, como señala Neil Postman en *El fin de la educación.* Desde aquellos primeros tiempos de una escuela al servicio de los poderes establecidos —estatales o no—, ha costado mucho esfuerzo llegar hasta aquí como para ahora desandar, con tanta ligereza como irresponsabilidad, el camino desbrozado.

Pedro Sáez Ortega
Profesor de Educación Secundaria
y socio de Ciudadan@s por la Educación Pública.

www.yoestudieenlapublica.org